

PATRICIUS. BIOGRAFÍA Y ACTUALIZACIÓN HISTORIOGRÁFICA DE LA FIGURA DEL FLAVIO AECIO

Ignacio Campoy Bea
Universitat de València

Resumen: Comprender la realidad política de los últimos años del Imperio Romano pasa por explorar la figura de Flavio Aecio. Como muchos otros antes que él, el *patricius* actuó en pos de la supervivencia de una realidad que parecía desvanecerse, pero sus resultados superaron con creces los de sus predecesores y marcaron un listón inalcanzable para quienes le siguieron. Por ello, con este documento tratamos de revisar su biografía y aclarar las diferentes posturas historiográficas que en torno a la figura de Aecio han podido formarse a lo largo de los años.

Palabras clave: Flavio Aecio, Bajo Imperio Romano, hunos.

Patricius. Biography and historiographic update of the figure of Flavius Aetius

Abstract: Understanding the political reality of the last years of the Roman Empire goes through exploring the figure of Flavius Aetius. Like many others before him, the patricius acted in pursuit of the survival of a reality that seemed to be fading, but his results far exceeded those of his predecessors and set an unattainable bar for those who followed him. Therefore, with this document we try to review his biography and clarify the different historiographical positions that have been formed around the figure of Aetius over the years.

Key words: Flavius Aetius, Later Roman Empire, hunns.

INTRODUCCIÓN

La figura de Flavio Aecio aparece en muchas de las obras dedicadas al estudio del Bajo Imperio. En cuanto que gobernante *de facto* de su vertiente occidental durante dos décadas, el general ha despertado la pluma de los historiadores desde hace más de mil quinientos años, recibiendo halagos y críticas por su actuación al mando de la política imperial. Precisamente, la historiografía ha puesto el foco en sus decisiones y considerado después lo beneficiosos o perjudiciales que los resultados pudieron resultar para el devenir político europeo. Con este estudio, en cambio, se pretende situar en primer plano al personaje.

La tarea no consiste en redescubrirlo; su importancia hace imposible extraer nueva información sobre el general romano. Más bien, las líneas que siguen

Data de recepció: 17 de febrer de 2021 / Data d'acceptació: 6 de maig de 2021.

son un intento de clarificar lo mucho que sobre Aecio se ha escrito y despejar los debates que tantos ríos de tinta han vertido sobre el mismo. No obstante, darle importancia a la figura de Aecio sin enmarcarlo correctamente en su contexto resultaría del todo improductivo: el mérito de sus acciones proviene, de hecho, del momento en que consiguió llevarlas a cabo. En este sentido, centrarnos en el ámbito político y militar del momento no tiene otra motivación que el hecho de que Aecio fue, ante todo, un gobernante y un soldado, cargos indisolubles si atendemos al funcionamiento de la política tardorromana.

Por lo que respecta al personaje, la elaboración de un estudio biográfico –con la pormenorizada investigación que ello conlleva– resulta ciertamente complicada: la escasez documental y de detalles en los textos históricos dificulta enormemente la búsqueda directa de Aecio en las fuentes; sus logros y fracasos nos han sido legados solo en parte, permitiéndonos recrear “una” vida del personaje más o menos razonada, pero sin perder de vista lo fragmentario de la documentación sobre la que han sido edificados estudios posteriores. Lo cierto es que los testimonios sobre el personaje son ciertamente precarios: únicamente disponemos de registros aislados en crónicas y reflejos legislativos de su gobierno, lo que supone, sin duda, un estudio más que interesante, pero de gran dificultad y sujeto a un buen número de interpretaciones. Aun dada su relevancia política, en prácticamente ningún caso ofrecen las fuentes los motivos que pudieron llevar a Aecio a tomar una u otra decisión. Por supuesto, ese es nuestro trabajo.

UNA INFANCIA EN EL *BARBARICUM*

Flavio Aecio nació en la ciudad de Durostorum, en la provincia de Moesia Secunda, en torno al año 391 d.C (Jord. *Get.* 34; Merob. *Carm.* 4. 42-43)¹. Su padre era Gaudencio, miembro de una de las familias más influyentes de la región y presumiblemente un militar de alto rango en Oriente, lo que le habría llevado a marchar hacia el Imperio Occidental a las órdenes de Teodosio I (*PLRE* 2, *Gaudencius* 5; Zos. 5. 36). Ante Gaudencio se habría presentado entonces la posibilidad de contraer matrimonio con una noble italiana de nombre Itala (Greg. *Tur. Hist.* 2. 8), materializando la unión de la aristocracia militar oriental con la élite terrateniente occidental (Heather, 2005: 281). Fruto de este enlace sería quien estaba destinado a recibir el sobrenombre del *último romano*.

Por aquel entonces dominaba la escena política el romano-vándalo Estilicón, un oficial de caballería que igualmente había servido a las órdenes de Teodosio I

¹ Todas las abreviaturas de autores y obras clásicas encontradas en el texto han sido extraídas del diccionario *Thesaurus Linguae Latinae* (versión digitalizada consultada a través del siguiente enlace: <https://www.thesaurus.badw.de/en/tll-digital/index/a.html>).

hasta su muerte en 395 d.C. y a quien el difunto emperador confirió la salvaguarda de Occidente y de su hijo Honorio antes de morir (Blockley, 1982: 68; Oros. *Adv. Pag.* 7. 38).

En este sentido, a menudo ha sido cuestionada la labor realizada por el *magister utriusque militiae* al mando del imperio (Bury, 1923: 172), pues sería bajo su gobierno que se produjo el levantamiento del usurpador Constantino en Britania (Zos. 6. 2), la ruptura del *limes* germánico a finales de 406 d.C. (Soz. *Hist.* 9. 11; Hyd. *Chron.* 406) y el inicio de las hostilidades con el godo Alarico que culminarían con el saqueo de la ciudad de Roma en el verano de 410 d.C. (Oros. *Adv. Pag.* 7. 39; Zos. 6. 13). Sin embargo, de pocos o ninguno de estos acontecimientos podemos culpar directamente al romano-vándalo: la inestabilidad al otro lado de la frontera, causa de un agresivo flujo migratorio que tambaleó el equilibrio político del que desde hacía décadas dependía el imperio, tuvo más bien su origen en el traslado de diversas tribus esteparias –especialmente los hunos– desde la Gran Llanura europea hacia las regiones más ricas y cálidas de la cuenca danubiana (Lindner, 1981; Goffart, 1980; Maenchen-Helfen, 1973). Aún así, tampoco sería de recibo culpar al general de no haber podido contener militarmente la invasión de suevos, vándalos y alanos en la Galia; un levantamiento militar en Britania y las correrías godas en la Península Itálica. Pocos en su lugar lo habrían hecho.

En cualquier caso, es en este contexto en que por primera vez encontramos a un todavía joven Aecio involucrado en cuestiones políticas: ante el levantamiento de Constantino y la ruptura del *limes*, Estilicón pactó con Alarico un intercambio de rehenes en 406 d.C. que enviaría al pequeño a la corte goda durante dos años (Greg. *Tur. Hist.* 2. 8; Merob. *Carm.* 4. 42-46). Poco después sería igualmente enviado con los hunos de Rúa –en algún momento entre 408 y 410 d.C.– en un intento por contener una hipotética invasión proveniente de la margen izquierda del Danubio.

Ambos acontecimientos marcarían profundamente el carácter del futuro *patricius*, a quien Gregorio de Tours describe como un excelente arquero y ávido jinete (*Hist.* 2. 8) y cuyos ejércitos estarían más adelante impregnados de una actitud marcial poco característica de las tropas imperiales del momento. Además, la adolescencia de Aecio entre los hunos condicionaría sobremedida su ascenso político y militar, hasta el punto de poder afirmar que de no ser por la red de alianzas y amistades forjadas durante su estancia en el *Barbaricum* no se habría producido tal ascenso. Efectivamente, el hecho de criarse junto a la nueva generación de aristócratas y caudillos esteparios situó al joven en una posición política privilegiada, pues le permitiría –en un futuro no demasiado lejano– recurrir a fuerzas extranjeras para la consecución de sus objetivos en el interior del imperio.

De vuelta en Italia, Estilicón fue ejecutado –acusado de conspirar contra la integridad del imperio– en 408 d.C. (Zos. 5. 21-22), sucediéndole en el cargo otro militar de nombre Flavio Constancio, quien gracias a la muerte de Alarico en 412 d.C. (Jord. *Get.* 30. 158) y a la marcha de los godos hacia el interior de la Galia (*Chron. Gall.* 87) pudo desbloquear la maquinaria legionaria –hasta entonces retenida en la Península Itálica– y lidiar con los diversos problemas que asolaban el imperio (Heather, 2005: 158; Jones, 1964: 187-188). La tarea resulta todavía hoy colosal, y el éxito de sus acciones sobrecogedor: primero derrotó al usurpador Constantino y sus seguidores galos (Soz. 9. 13-15); en 418 d.C. arribó a un acuerdo con los mismos godos que años atrás habían saqueado la Ciudad Eterna por el que quedarían asentados en Aquitania –satisfaciendo con ello las demandas de tierra y grano que desde hacía décadas llevaban reclamando a Rávena– a cambio de lidiar con los suevos en Hispania, quienes asolaban la región de Gallaecia desde el año 409 d.C. De esta forma podía Flavio Constancio disponer de una fuerza militar lo suficientemente cercana a zonas de conflicto –la Galia e Hispania– pero lo bastante alejada de Italia como para dar rienda suelta a la política imperial (Dunn, 2015; Bachrach, 1969: 354-358). Finalmente, el general se dedicó a pacificar la región de la Armórica, que se había levantado en armas contra el gobierno central. Así, sus éxitos militares y diplomáticos le valieron a Flavio Constancio la mano de Galla Placidia, hermana del emperador, lo que por un breve período de tiempo le vinculó a la familia imperial (Marcell. *Chron.* 417-421; Prosp. *Chron.* 417-421).

Sin embargo, Constancio murió repentinamente en 421 d.C. (Filos. 7. 13). Dos años más tarde fallecía igualmente el emperador Honorio (Soc. 7. 22), lo que no solo marcó el retorno de Aecio a la Península Itálica, sino que dividió a la élite política y militar de Occidente en torno a la cuestión sucesoria: por un lado, Galla Placidia hizo valer los derechos de su hijo Valentiniano, obteniendo el apoyo del emperador oriental y del *comes Africae* Bonifacio (*PLRE 2, Bonifatius 3*); por otro lado, el vacío de poder en la corte de Rávena fue ocupado por el *primicerius notariorum* Juan, apoyado por el propio Aecio y su padre Gaudencio, que por las mismas fechas fueron nombrados *cura palatii* y *magister militum per Gallias*, respectivamente (Hyd. *Chron.* 424; Greg. Tur. *Hist.* 2. 8). Si el desempeño de estos cargos tuvo algo que ver con su apoyo al usurpador es algo que desconocemos, pero sin duda pudo tratarse de una recompensa por su elevación al trono en un momento en que el pretendiente debía garantizarse la lealtad de tropas y funcionarios. En cualquier caso, en 424 d.C. las puertas hacia un enfrentamiento civil estaban totalmente abiertas.

LA LUCHA POR EL PODER

No todas las reacciones fueron tan positivas hacia el cambio de régimen como la de Aecio y su padre. Al contrario, más allá de que el *comes* Bonifacio se pusiese del lado de Placidia y Valentiniano, una serie de disposiciones legales que trataban de someter al clero galo a la jurisdicción secular situaron a la aristocracia terrateniente –a menudo con cargos eclesiásticos– en contra del usurpador (*Cod. Theod.* 16. 2. 47). El malestar fue aprovechado por los godos, que llevaron a cabo el saqueo de la región de Arlés. Malcontento con la situación, el ejército gálico terminó por levantarse contra el pretendiente, eliminando a sus representantes y cobrándose la vida del *magister militum* Gaudencio en algún momento cercano a 425 d.C. (Matthews, 1975: 379).

No se auguraba un futuro especialmente prometedor para el notario Juan. Sin el grano africano ni el apoyo del ejército galo, el usurpador no pudo sino enviar al joven Aecio de vuelta a la corte huna en busca de refuerzos. Sin embargo, el otrora rehén no pudo regresar antes de que tropas enviadas por el emperador oriental capturaran al usurpador, que fue llevado ante Placidia y Valentiniano y ejecutado por haber intentado “robar el imperio” a la Dinastía de Teodosio (*Olymp. Fr.* 43. 1-2).

Solo tres días más tarde regresaba Aecio al mando de una gran fuerza de hunos (*Filos.* 12. 14). Consciente de la situación, con Juan ejecutado, el ejército oriental ocupando la capital y su padre muerto en la Galia, hizo lo único que podía hacer: aprovechó la presencia de los hunos para ejercer presión a la hora de negociar con Placidia su nombramiento como *magister militum per Gallias* a cambio de convencer a las tropas que le acompañaban de regresar a su campamento (*Prosp. Chron.* 425).

Superada la crisis, el nuevo gobierno se puso manos a la obra: el mismo año de la coronación Placidia nombró a un militar oriental, de nombre Félix, nuevo *magister utriusque militiae praesentalis* y automáticamente le concedió el título de *patricius* (*PLRE 2, Flavius Constantius Felix 14*). Por su parte, y en contra de lo que pudiera parecer, Flavio Aecio había experimentado un meteórico ascenso desde su retorno al teatro de operaciones romano: en menos de dos años había pasado de *cura palatii* de un usurpador a *magister militum* del legítimo emperador occidental. Ciertamente es que este ascenso tenía sus contrapesos, el más importante siendo sin duda su oposición a Galla Placidia, que difícilmente podría ignorar ni mucho menos olvidar su apoyo al pretendiente Juan. Por la misma razón, tanto el nuevo *patricius* Félix como el *comes* Bonifacio, cuya lealtad no pasó desapercibida, jugaban en ese momento una mayor influencia sobre la regente y su augusto hijo que Aecio. En este sentido, tengamos en

cuenta que un niño de seis años no puede gobernar un imperio: conscientes de la situación, parece lógico pensar que los tres generales maniobraban unos contra otros tratando de presentarse como la fuerte figura autoritaria que la situación exigía. Lejos de oponerse, si Placidia deseaba mantener un cierto grado de maniobrabilidad e independencia política para sí y el recién coronado Valentiniano III no le quedaba más opción que potenciar dicho enfrentamiento, pues solo de esta forma evitaría que alguno adquiriera la preeminencia que Estilicón o Constancio habían disfrutado en tiempos todavía demasiado recientes.

En este sentido, tras una rápida campaña de castigo contra los godos (*Chron. Gall.* 427), enseguida se vio Aecio inmerso en una rencilla política entre los otros dos grandes militares del momento. Presumiblemente, el *patricius* Félix no habría visto con buenos ojos la popularidad que tanto el nuevo *magister militum per Gallias* como Bonifacio estaban ganando entre las tropas y la augusta Placidia, de modo que se decidió por acusar deliberadamente al *comes* africano de querer autoproclamarse emperador (*Prosp. Chron.* 427). Calumniado el nombre de Bonifacio, Félix debía ahora contrarrestar los éxitos militares de Aecio, para lo que llevó a cabo una campaña contra los hunos en torno a 427 d.C. (*Jord. Get.* 32. 166). Con ello se garantizaba el *patricius* un buen número de reconocimientos y cumplidos propagandísticos, sin duda de gran utilidad en un momento en que también Aecio se encontraba ocupado pacificando la frontera renana.

En efecto, la usurpación de Juan había dado a los francos la oportunidad perfecta para extender sus territorios. Por ello, la primavera de 428 d.C. vio cómo Aecio marchaba hacia el norte con sus tropas galas y forzaba su salida del territorio romano (*Sidon. Carm.* 5. 212). La celeridad y efectividad con que el general estaba recuperando el noreste galo sin duda hubo de ser apreciada en la corte de Rávena y, más importante aún, seguía granjeando credibilidad a quien mantenía sobre sí la lacra de haberse puesto del lado equivocado durante la guerra civil.

Simultáneamente, mucho más al sur, los vándalos llevaron a cabo una nueva proeza geográfica: tras haber cruzado el Rin en el invierno de 406 d.C. y haberse adentrado en la Península Ibérica tres años más tarde, en el verano de 429 d.C. conseguían atravesar el Estrecho de Gibraltar y poner pie en el norte de África, iniciando un lento pero inexorable avance hacia las provincias capitaneadas desde Cartago por el malogrado *comes* Bonifacio (*Vict. Vit.* 1.2). La amenaza era del todo palpable, y el perdón de Placidia hacia el que –muy probablemente– nunca dejó de ser su fiel valedor no pudo llegar en mejor momento. A comienzos de 430 d.C. se inició la concentración de tropas para la defensa de África (*Procop. De bellis.* 3. 3. 27-30).

Consciente ahora de que Félix había tratado de difamar a Bonifacio y convencida de que su posición como *magister utriusque militiae praesentalis* le confería prácticamente un poder absoluto, Placidia decidió estabilizar la situación aplicando un contrapeso a las aspiraciones del comandante en jefe. Situar a Bonifacio como segundo al mando no parecía, no obstante, la mejor opción: cierto es que su lealtad era indiscutible pero, habiendo sido víctima de una conspiración por parte, precisamente, del *magister* Félix, un nombramiento de estas características terminaría por desembocar casi con seguridad en otra guerra civil. En cambio, ascender al hábil Aecio era una posibilidad. En este caso la lealtad no estaba tan garantizada, pero Félix no lo percibiría tanto como un ataque directo a sus prerrogativas. Por otra parte, el nombramiento estaba completamente justificado tras sus exitosas campañas en la Galia. En consecuencia, a su regreso a la corte Aecio fue nombrado *magister militum praesentalis*, aunque ocupando el rango menor del puesto. Félix, por su parte, perdió el control absoluto del ejército central (O’Flynn, 1983: 79). La nueva situación elevaba el tono de la política cortesana: Placidia había convertido en rivales a dos generales que hasta entonces mantenían la distancia de seguridad.

Recién intitulado se puso Aecio nuevamente en marcha, deteniendo por segunda vez a los godos en Aquitania y frustrando sendas campañas de expansión de burgundios –a través de los hunos de Rúa– y alamanes (Sidon. *Carm.* 7. 233; *Chron. Gall.* 430). Victorioso, el *magister militum praesentalis* regresó a la corte para protagonizar uno de los acontecimientos que definirían el resto de su carrera política: acusando a Félix de estar conspirando contra su persona a la luz de sus éxitos militares, las tropas acantonadas en la capital se habrían rebelado entonces contra el *patricius* en un “tumulto” que terminaría por costarla la vida (Prosp. *Chron.* 430; Hyd. *Chron.* 430). La revuelta elevó a Aecio al puesto de *magister utriusque militiae praesentalis*: quien había sido considerado un rebelde en 425 d.C. se convertía ahora en comandante en jefe del Imperio Occidental (Halsall, 2007: 241; O’Flynn, 1983: 79).

Muestra del poder que Aecio estaba granjeando es su primer nombramiento como cónsul en 432 d.C., lo que implicaría bien que Placidia aceptaba la nueva situación y buscaba reconciliarse con el general, o que el militar contaba ya con la suficiente fuerza como para imponer su voluntad a las élites imperiales. El devenir de los acontecimientos decanta la balanza por la segunda opción.

El consulado de Aecio habría hecho saltar todas las alarmas en la camarilla de la emperatriz: un antiguo rebelde al mando del ejército central no auguraba nada bueno para el reinado del joven Valentiniano III. En consecuencia, nuevamente recurrió la regente a su más leal servidor: reclamó la presencia de Bonifacio en Roma y le confirió los títulos de *magister utriusque militiae* y *patricius*, deponiendo *de facto* a Aecio como generalísimo de Occidente (Prosp. *Chron.* 432;

Chron. Gall. 432; Marcell. *Chron.* 432). La frustración que hubo de sentir Aecio al recibir tales noticias quedan perfectamente reflejadas en su respuesta ante lo acontecido: temeroso de que su deposición implicara mayores consecuencias que pudieran, incluso, costarle la vida, el general decidió atacar para defenderse. Rápidamente aunó a las tropas disponibles en la Galia y marchó a través de los Alpes hacia la Península Itálica, donde fue interceptado por el ejército de Bonifacio cerca de Rímíni.

Para frustración de los historiadores, ningún testimonio queda de la batalla que allí se libró, y solo a través de las crónicas conocemos que Bonifacio resultó victorioso sobre las fuerzas de Aecio, quien habría aceptado la derrota y retirado a sus posesiones italianas. Sin embargo, unos meses después el *comes Africae* moría de las heridas recibidas en el enfrentamiento (*Chron. Gall.* 432; *Hyd. Chron.* 432). Sus seguidores atacaron entonces la hacienda de Aecio, y al dos veces rebelde no le quedó más remedio que atravesar la Panonia para refugiarse en la corte de su amigo Rúa, quien sin dudarlo ofreció su ayuda militar en caso de necesitarla contra Placidia (Cameron, 2008: 6; Heather, 2005: 369). La amenaza de un ataque huno resultó suficiente para doblegar la voluntad de una regente que no pudo sino devolver a Aecio el rango de *magister utriusque militiae* sin presentar batalla (*Prosp. Chron.* 433).

La derrota en la Batalla de Rímíni había sido del todo compensada: no existía ahora en todo Occidente una figura militar capaz de oponerse a la voluntad de Aecio. En 424 d.C. se había opuesto al retorno de Valentiniano III y Galla Placidia, en 433 d.C. se encontraba en condiciones de reclamar el control del imperio (Cameron, 2008: 6).

Con todo, queda todavía una duda por despejar: ¿por qué se le perdonó la vida al ahora comandante en jefe tras su derrota? Hasta en dos ocasiones se había enfrentado al gobierno de Placidia y aun así se le permitió retirarse a su hacienda en la campiña italiana. Se nos presentan dos posibilidades: por una parte, Aecio bien podría contar con amigos lo suficientemente poderosos como para que la emperatriz y Bonifacio temieran las consecuencias de su ejecución o exilio; la segunda supondría que tales amistades conformaran la mitad del ejército imperial y que, perdonando la vida a su general, sería mucho más sencillo reunir de nuevo bajo la figura de Bonifacio el mando completo de las fuerzas de Occidente.

Sea como fuere, en la decisión se entrevé el gran respeto que ambos generales debían profesarse: los dos parecen dar por hecho que el contrario cumpliría con su palabra, que Bonifacio no atacaría a Aecio en su retiro y que este no aprovecharía para recomponerse y contraatacar. Ciertamente es que el paso del tiempo fue tan poco entre la derrota y la muerte del vencedor que de poco sirve plantear tales hipótesis, pero resulta especialmente frustrante que dos figuras tan respe-

tadas y poderosas hubieran de enfrentarse entre sí: de haber trabajado juntos, la honestidad del primero y la estrategia militar del segundo bien podrían haber resultado en un futuro distinto para el Imperio Romano Occidental.

LIDERAZGO INDISCUTIDO

El enfrentamiento civil entre ambos generales dio rienda suelta a nuevos conflictos. En la Galia, los burgundios aprovecharon la ausencia del ejército para rapiñar la campiña belga (Hyd. *Chron.* 435; Prosp. *Chron.* 435). Por su parte, en la Armórica, un tal Tibato se había levantado en armas y encabezaba una revuelta contra la autoridad central (*Chron. Gall.* 435). Sin embargo, Aecio respondió a ambos acontecimientos con decisión: la frontera belga fue pacificada al tiempo que el *comes* Litorio se encargaba de suprimir el levantamiento en la Armórica (*PLRE 2, Litorius*). En consecuencia, a su regreso a la corte –el 5 de septiembre de 435 d.C.– Aecio sería recompensado con el título de *patricius*, la mayor muestra de confianza que podía obtenerse del emperador y que implicaba, al menos mientras siguiera cultivando éxitos militares, su consolidación como general en jefe de los ejércitos occidentales (Heather, 2005: 189).

En este sentido, aunque Placidia sin duda hubo de recelar del nombramiento, poco podía hacer al respecto: Aecio era el único con la capacidad militar y la influencia suficientes para hacer frente a los enemigos del estado y, de hecho, su decisión y resolución a la hora de hacerlo sin duda le situaban al nivel de Constancio y, en menor medida, Estilicón como uno de los grandes defensores del Imperio Occidental.

Curiosamente, en ninguno de estos conflictos estuvo presente el *patricius*: la campaña contra los burgundios fue nuevamente llevada a cabo por los hunos de Rúa (Prisc. *Fr.* 11. 1; *Chron. Gall.* 437), mientras que ya hemos mencionado como la pacificación de la Armórica fue obra de Litorio (Prosp. *Chron.* 436). Efectivamente, en 437 d.C. Aecio se encontraba en Constantinopla con motivo de las nupcias entre Valentiniano III y Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II. La unión marcaba la mayoría de edad del emperador y el final de la regencia de Placidia (O'Flynn, 1983: 81).

Como muestra de unión entre las sedes romana y constantinopolitana, Aecio fue galardonado con su segundo consulado (*PLRE 2, Aetius 7*). Del mismo modo, uno de sus comandantes, Sigisvulto, fue igualmente nombrado cónsul (*Soc. Hist.* 7. 44). Este era sin duda un acontecimiento memorable: el hecho de que ambos puestos recayeran sobre militares occidentales da buena muestra de que tanto el reinado de Valentiniano III como las campañas de Aecio en la Galia causaban una excelente opinión entre la administración oriental.

Sin embargo, noticias menos alentadoras llegaban desde el Danubio: Rúa, rey de los hunos y baluarte de Aecio, había muerto (Prisc. *Fr.* 2); el gobierno de las estepas fue recogido por sus sobrinos Bleda y Atila, con quienes el romano apenas tenía relación (Maenchen-Helfen, 1973: 85-93). Además, la cuestión africana parece haber quedado en un segundo plano y, al amparo de la inacción imperial, los vándalos habrían aprovechado para rapiñar las reservas de grano de las grandes islas mediterráneas. En este sentido, a menudo se ha criticado que Aecio se concentrara en mantener el control de la Galia a costa de desproteger regiones tan ricas como la propia África o la isla de Sicilia (Hallsall, 2007: 242). No obstante, comprendamos que el vínculo entre el *patricius* y las élites galas era mucho mayor que con sus homólogas africanas –no en vano había Aecio, *magister militum per Gallias*, derrotado a Bonifacio, *comes Africae*– y, consecuentemente, la mayoría de sus apoyos políticos se encontraban al norte de los Alpes. Por otra parte, los éxitos militares de Aecio habían dependido enormemente de su alianza con los hunos situados en la ribera danubiana: focalizar su atención en el norte de África implicaría renunciar a la ventaja que estos ofrecían (Cameron, 2008: 10; Heather, 2005: 192).

Con o sin excusa, lo cierto es que el general no supo prever (o contener) la expansión vándala que culminó el 19 de octubre de 439 d.C. con el saqueo y toma de Cartago (Marcell. *Chron.* 439; Vict. Vit. 1. 12): de un solo golpe se habían hecho los vándalos con la mayor fuente de grano y fiscalidad de Roma y, en consecuencia, Aecio y Valentiniiano III debían buscar nuevas formas de garantizar el suministro de alimento y capital a las ciudades italianas (Cameron, 2008: 11).

Como resultado, una serie de disposiciones legales trataron de preparar a Occidente para la que se auguraba la peor crisis militar y financiera en décadas: en marzo de 440 d.C. el emperador y su *patricius* ordenaron el reclutamiento de tropas para hacer frente a una posible invasión de la Península Itálica, al tiempo que se encomendaba a los terratenientes el mantenimiento de parte de los nuevos reclutas (*Novell. Valent.* 6. 1).

Organizada la defensa, el siguiente paso era el aprovisionamiento de grano, y para ello se abrieron los mercados a los comerciantes griegos y trataron de controlarse los precios máximos de los productos (*Novell. Valent.* 5). En el ámbito fiscal, se emitió la abolición de toda exención fiscal, especialmente dirigida hacia la aristocracia y el clero, dando muestra de las incesantes necesidades monetarias de un imperio del que África había dejado de formar parte (*Novell. Valent.* 4).

Sin duda, la pérdida de una provincia de tamaño importancia para Occidente se mantuvo en el centro de la atención imperial, pero ello no ha de impedirnos alejar el foco y observar el panorama general. Particularmente, la Península Ibé-

rica volvía a dar problemas: los suevos habrían reanudado las hostilidades en 440 d.C. y se esforzaban por extender sus dominios por toda la Hispania romana (Hyd. *Chron.* 440-441). Más aún, a finales del mismo año tenemos registros de una revuelta *bagauda* en la Tarraconense, el último bastión de poder central en la península, por lo que —a la espera de refuerzos orientales para la reconquista del norte de África— Aecio se decidió por una intervención militar que al parecer reprimió brutalmente la revuelta (Kulikowski, 2004: 182-183). Así, la necesidad de llenar las arcas justificaría la celeridad con que trató de pacificarse el noreste peninsular, puesto que solo Italia, el Mediodía galo y la Tarraconense se mantenían por entonces bajo control directo y efectivo del Estado y, en consecuencia, contribuyendo a su mantenimiento. En la misma línea debemos interpretar las disposiciones legales de marzo de 441 d.C., por las que se instaba a la aristocracia a pagar impuestos y dejar de refugiarse en las exenciones obtenidas por privilegio (*Novell. Valent.* 10. 1-4).

En torno a las mismas fechas arribaba por fin a Sicilia la expedición oriental que partir hacia Cartago, pero una serie de contratiempos impidieron un normal desarrollo de los acontecimientos: aprovechando la retirada de tropas para la campaña africana, los hunos Bleda y Atila se decidieron a atacar la desprotegida frontera danubiana (Maenchen-Helfen, 1973: 110). El emperador oriental no podía permitirse tantos frentes abiertos y, en consecuencia, hubo de retirar sus tropas de vuelta a Constantinopla, dejando a Aecio con una fuerza insuficiente para reconquistar en solitario el norte de África. En consecuencia, este hubo de llegar a un acuerdo con los vándalos, con quienes firmó la paz en 442 d.C. (Procop. *De bellis.* 3. 4; Vict. Vit. 1. 13).

Cierto es que Aecio había conseguido rechazar la invasión de francos y alamanes, sometido a los burgundios y mantenido a raya a los godos en la Galia, del mismo modo que había pacificado las revueltas populares de la Armórica y la Tarraconense; pero más allá de las cuestiones territoriales, el tratado alcanzado en África marcaba un antes y un después en la política imperial por ser la primera muestra de reconocimiento de un poder extranjero sobre territorio anteriormente romano: reflejaba la incapacidad de Rávena de reclamar unas tierras que le habían sido arrebatadas. Además, económicamente el acuerdo era devastador, pues Roma cedía el control de sus más prósperas provincias agrarias y, por lo tanto, fiscales, cuya pérdida debilitaría enormemente el sistema estatal (Heather, 2005: 195). La disponibilidad de oro para pagar a las tropas y de grano para alimentar a la población quedaba en el aire, a la espera de la buena voluntad de quienes se asentaban ahora en el trono cartaginés.

LA AMENAZA DE ATILA

Los términos alcanzados en ningún caso respondían a los intereses de Roma pero, con todo, la paz en África permitió a Valentiniano III y Aecio centrarse en resolver otros problemas: el mismo año del acuerdo una pestilencia se propagó por el mundo romano (Hyd. *Chron.* 442), generando una grave crisis económica y demográfica en la Península Itálica, a la que se unían los problemas fiscales heredados de los repatriados africanos. Los refugiados eran incapaces de pagar impuestos, por lo que Valentiniano expidió una ordenanza aliviando la presión fiscal sobre este colectivo (*Novell. Valent.* 2. 3, 12. 13). No obstante, las medidas no parecen haber dado los resultados esperados, pues en julio de 444 d.C. Valentiniano III reconocía que las arcas imperiales estaban vacías (*Novell. Valent.* 6. 3) y, en consecuencia, hacia finales del mismo año quedó instituido un nuevo impuesto que gravaba el 24% de las transacciones comerciales (*Novell. Valent.* 15. 1).

Por lo que a la política territorial se refiere, la reducción de efectivos en el ejército —como resultado de la incapacidad para pagar las soldadas— obligó a Aecio a delegar la defensa de parte del *limes* en grupos federados. De esta forma, en 443 d.C. los burgundios fueron asentados en la región de Saboya (*Chron. Gall.* 443), lo que habría permitido al general retirar parte de las tropas allí estacionadas y derivarlas hacia el norte, pues en algún momento del mismo año se reanudó el enfrentamiento con los francos (Sidon. *Carm.* 5. 206). Finalmente, a sabiendas de los ataques que Atila y Bleda habían dirigido contra el Imperio Oriental, Aecio decidió enviar una embajada a la corte huno que garantizara la estabilidad en la frontera danubiana y la continuación de la paz entre ambos poderes (Prisc. *Fr.* 8).

En este sentido, al poco tiempo de pactar con Atila, este se hizo con el control absoluto del ejército huno: en algún momento entre 444 y 446 d.C. el caudillo asesinó a su hermano y tomó en solitario las riendas del pueblo huno (Prosp. *Chron* 444; Marcell. *Chron.* 445).

Por su parte, los recientes éxitos militares de Aecio en la Galia fueron reconocidos en la corte occidental: en 445 d.C. una estatua le fue erigida en el Atrium Libertatis de Roma (O’Flynn, 1983: 176), el emperador por primera vez se refería a él en una *novella* por su título completo de *comes et magister utriusque militiae et patricius* (*Novell. Valent.* 17) y, más importante aún, al general le fue permitida la celebración de una procesión celebratoria a través de la Ciudad Eterna, al estilo de los antiguos triunfos militares (Clover, 1971: 54-55). El mundo clásico sobrevivía en las victorias de Aecio.

En la práctica, este tipo de reconocimientos no eran sino el reflejo del poder que el *patricius* estaba alcanzando dentro de la corte. Únicamente restaba un nombramiento para terminar de reflejar su ascenso: el 1 de enero de 446 d.C. le fue conferido al general su tercer consulado (Merob. *Pan.* 2). La importancia de este evento es capital: durante más de trescientos años el honor de ser nombrado tres veces cónsul había sido reservado únicamente a miembros de la familia imperial (O’Flynn, 1983: 81-82). Los casos de Estilicón (cuñado de Honorio) y Constancio (esposo de Galla Placidia) seguían todavía en la memoria de muchos para quienes el nombramiento de Aecio no hacía sino igualarlo a estos en poder y distinción, con la diferencia de que el *patricius* no había requerido de su ingreso en la dinastía imperial para llegar hasta allí.

Un segundo acontecimiento de importancia tuvo lugar en algún momento cercano a 448 d.C.: Sigisvulto, el general a las órdenes de Aecio, fue elevado al rango de *patricius*. Podemos trazar dos vías interpretativas al respecto: por una parte, podríamos entender que –tras quince años de liderazgo en solitario– el tres veces cónsul hubiera decidido reconocer el trabajo y la lealtad de su *magister militum* elevándolo a un puesto desde el que podría seguir desempeñando su valiosa labor para con el imperio. Por otro lado, es igualmente posible entender lo sucedido como una maniobra de Valentiniano III y Placidia ante el meteórico ascenso de Aecio: en una especie de “inflación” de títulos, la multiplicación de *patricii* sería una forma de restar importancia a la posición.

Sin embargo, la teoría de la conspiración imperial parece menos realista: en primer lugar, los hunos, y no los títulos, eran quienes habían otorgado tales cotas de poder a Aecio. Por otra parte, el hecho de que ninguno de sus subordinados se levantara jamás en armas contra él implica que la reputación de Aecio entre el ejército y la corte no se vio en ningún momento amenazada por una “devaluación” de su imagen personal. En consecuencia, el nombramiento de Sigisvulto como *patricius* respondería muy probablemente a una iniciativa personal del propio Aecio.

De vuelta en Italia, la situación empeoró todavía más cuando en 450 d.C. la región fue asolada por una hambruna cuyas causas desconocemos (*Novell. Valent.* 33), aunque de mayor gravedad iban a ser para Aecio los acontecimientos producidos en el seno de la familia imperial: Honoria, hermana de Valentiniano III, al parecer malcontenta con un matrimonio al que el emperador la abocaba en contra de su voluntad, habría suplicado ayuda al único individuo políticamente independiente pero con la capacidad militar suficiente como para influir en la decisión: Atila (*Prisc. Fr.* 2, 7, 8, *Jord. Get.* 36).

Tan solo unos meses más tarde fallecía Galla Placidia, la hija, esposa y madre de emperadores (*Prosp. Chron.* 450). La augusta había situado en el trono de Rávena a su hijo Valentiniano, y junto a él había gobernado los últimos

veinticinco años, protegiéndole en la medida de lo posible de quienes deseaban aprovecharse de él para ascender políticamente en la corte. En este sentido, a pesar de que en un principio parece haberse opuesto al régimen de Aecio, la falta de impedimentos a sus políticas podría hacernos pensar en una posterior reconciliación; pero el silencio de Placidia igualmente pudo haber sido fruto más de la incapacidad que de la falta de voluntad de oponerse a Aecio.

Para Atila, la petición de ayuda por parte de Honoria abría una más que oportuna posibilidad de involucrarse en la política occidental, más aún cuando esta no había sido la única solicitud recibida desde más allá del Rin: el rey de los francos había muerto (Prisc. *Fr.* 16); sus dos hijos se disputaban el trono, y cada uno de ellos trataba de reunir apoyos entorno a su causa: el hermano menor, al parecer, había pasado una temporada en Roma en la que habría entablado buenas relaciones con Aecio, quien inmediatamente abogó por sus derechos de herencia. Consecuentemente, el hermano mayor habría acudido a la corte de Atila (Greg. *Tur. Hist.* 2. 7): el apoyo a un candidato contrario a Roma significaría la guerra entre ambos imperios (Halsall, 2007: 251).

Tanto la cuestión matrimonial con Honoria como la disputa sucesoria en la frontera renana daban, en la práctica, por iniciado el conflicto; pero faltaba por ver dónde tendría lugar. Atila interpretó que la mejor opción sería una invasión de la Galia: allí contaría con el apoyo del primogénito del monarca franco y, más aún, con la posibilidad de desestabilizar las alianzas tejidas por Roma en la región (Cameron, 2008: 17). A sabiendas de la inminente invasión, Aecio empezó a reunir las fuerzas disponibles para enfrentarse al *azote de Dios* (Jord. *Get.* 36-37), pero sin duda su principal preocupación debió ser la neutralidad de los godos: tanto Atila como el *patricius* habrían tratado de ganarse su apoyo en el conflicto pero, conscientes de que su apoyo a uno u otro de los rivales decantaría la balanza en favor del elegido, se mantuvieron neutrales (Hodgkin, 2011: 109).

Finalmente, Atila cruzó el Rin a comienzos de 451 d.C. y rápidamente sucumbieron a su avance ciudades como Estrasburgo, Mainz, Colonia, Cambrai o Trier, entre otras (Greg. *Tur. Hist.* 2. 7). Con el ejército huno saqueando la Galia a placer, Aecio no pudo sino volver a intentar ganarse el apoyo de los godos: para ello envió al embajador Avito quien, en una demostración de altura diplomática, triunfó donde el *patricius* no pudo: convenció al caudillo godo de que una alianza con Roma resultaba más conveniente que un pacto con los hunos y de la importancia de derrotar conjuntamente al invasor. Romanos y godos emprendieron entonces la marcha hacia el norte (*PLRE 2, Avitus 1; Sidon. Carm.* 7. 215-317).

Ambas coaliciones chocaron decisivamente cerca de la ciudad de Troves, en la llanura de los Campos Catalaúnicos, el 20 de junio de 451 d.C. (Jord. *Get.* 36).

En un alarde de conocimiento militar y del arte de la guerra en las estepas –bien seguro heredada de su estancia como rehén– Aecio consiguió derrotar al ejército huno y en sus manos estuvo acabar con la vida del propio Atila, pero decidió en cambio dejarle escapar de vuelta a Panonia (Jord. *Get.* 38-40). En efecto, a primera vista parece extraño que el *patricius* no optara por la destrucción de los hunos, pero valoremos las distintas opciones que pudo haber tenido en consideración: en primer lugar, de prolongar el enfrentamiento Aecio se arriesgaba a que uno o varios de los monarcas que le acompañaban perdieran la vida, lo que implicaría la muerte de dirigentes afines a la supremacía romana que no solo evitaban conflictos, sino que permitían al ejército gálico centrarse en otros frentes de batalla. Más aún, la derrota de Atila había debilitado considerablemente su posición; cualquier nuevo intento de invadir la Galia renovaría, presumiblemente, tan fructífera alianza entre los poderes occidentales, del mismo modo que haría más difícil que el huno reuniera tantos apoyos como en esta primera campaña. Por su parte, el imperio seguía dependiendo militarmente de godos y hunos, y la completa destrucción de uno de los dos colectivos podrían implicar la absoluta superioridad del otro (Greg. Tur. *Hist.* 2. 7; Casiod. *Chron.* 451).

Por lo que al papel que la Batalla de los Campos Catalaúnicos jugó en el devenir político europeo se han vertido ríos de tinta: contemporáneos como Próspero apreciaron su importancia en el momento de producirse (*Chron.* 451), pero lo cierto es que en los años siguientes fue vista como una más de las correrías de Atila por el Imperio Romano. Algo similar ocurre entre la historiografía moderna: en un principio el enfrentamiento fue considerado de máxima importancia para la supervivencia de la civilización romana (Gibbon, 2015; Ferril, 2007; Norwich, 1988), pero posteriores consideraciones se han opuesto a esta percepción de los hechos, argumentando que el imperio de Atila desapareció a su muerte y que, por tanto, aún habiéndose producido una derrota de la coalición romana, la influencia huno no habría cambiado significativamente el devenir político-cultural europeo (Bury, 1923).

En cualquier caso, recompuesto de la derrota recibida y quizás al tanto de lo cerca que habían estado los godos de mantenerse neutrales, Atila dedujo que un ataque sobre la Península Itálica eliminaría los apoyos externos al imperio y, en consecuencia, debilitaría en gran medida la capacidad de respuesta de Aecio y sus legiones: la invasión de la Galia había unido a las diferentes tribus y Roma contra un enemigo común; la defensa de Italia estaba íntegramente encomendada al imperio (Prisc. *Fr.* 22. 1).

Así pues, en el verano de 452 d.C. Atila entró en la península por el paso de los Alpes Julianos. Aquilea, la primera ciudad en su camino, parece haber sido reforzada para contener un largo asedio y, efectivamente, retuvo por tres meses al invasor antes de caer (Jord. *Get.* 42. 221). Después, marchando hacia el in-

terior, Atila saqueó Mediolanum y Pavía, así como los enclaves de Concordia y Padua (Hyd. *Chron.* 452).

Cómo maniobró Aecio ante el ataque no lo sabemos con seguridad: bien pudo haber permanecido en Rávena a la espera de refuerzos, pero igualmente pudo decidirse por defender la ciudad de Roma, protegiendo la ruta de los Apeninos y forzando al caudillo a sobrellevar otro largo asedio. En la misma línea, el *patricius* quizás tomara posiciones algo más al norte, cerca de las grandes vías de comunicación, lo que le permitiría caer sobre la retaguardia hunna si estos se adentraban en el Lacio o amenazaban Rávena, restringiendo el daño sufrido “únicamente” al norte peninsular.

En cualquier caso, el objetivo inicial de Atila parece haber sido una campaña rápida de saqueo, por lo que cualquier detención como la de Aquilea pondría en evidencia las carencias de sus líneas de abastecimiento (Heather, 2005: 340). Por ello, en cuanto la campaña pasó a convertirse en una serie de asedios, las únicas opciones que restaban al huno eran el avance definitivo hasta Roma o el regreso a Panonia. Atila se decidió por emprender el camino de vuelta a través del norte peninsular.

EL FINAL

Tras su pírrica victoria en Italia, Atila se concentró en la política oriental (Prisc. *Fr.* 23). Roma y Occidente poco podían ofrecer ya: los campos y ciudades de la Galia habían sido saqueados y la hambruna que asolaba la Península Itálica ya de forma crónica hacía que una nueva invasión resultara del todo improductiva (Maenchen-Helfen, 1973: 143). Más aún, al mando del ejército seguía estando Aecio, quien –aun habiendo capitaneado una estrategia más defensiva en Italia– había conseguido derrotarlo el año anterior y bien pudo haberle arrebatado la vida en la campaña gala. En consecuencia, Atila parece haberse decidido por una nueva campaña contra Constantinopla, pero antes de poder siquiera iniciarla el caudillo perdía la vida durante las celebraciones de su matrimonio con la princesa Ildico (Jord. *Get.* 49. 254). A su muerte, los diversos pueblos que conformaban el imperio hunno se rebelaron contra sus amos, enfrentándose a ellos en la Batalla de Nedao de 453 d.C., en la que las tribus rebeldes resultarían vencedoras (Heather, 2005: 351-384). Como resultado, el imperio de Rúa y Atila se fragmentaría y los hunnos se retirarían de nuevo hacia las estepas, más allá del Mar Negro (Cameron, 2008: 18).

Aecio tenía más de una razón para sentirse satisfecho. No obstante, las intrigas palaciegas nuevamente nublarían el futuro del *patricius*: Eudoxia, la esposa de Valentiniano III, habría decidido que –ante la falta de herederos varones

al imperio— Mayoriano, un militar al servicio del general, era la mejor opción para suceder a su marido en la púrpura. El *patricius* no aprobaba este nombramiento e impuso en cambio a su hijo Gaudencio como sucesor al trono (Sidon. *Carm.* 5. 290-300). En este sentido, lo más probable es que Valentiniano III no estuviese de acuerdo con la decisión pero, con un ejército plenamente dominado por el victorioso Aecio, pocas opciones tenía más allá de la confirmación de los deseos del *patricius*.

Sin embargo, la fragmentación de la realidad huna, paradójicamente, habría menguado la capacidad política del militar: el apoyo de las élites esteparias había sin duda propiciado su ascenso y le ofrecía un lugar seguro al que recurrir en caso de necesitar influenciar las decisiones del resto de poderes occidentales. Por otra parte, la inexistencia de una amenaza armada en Panonia podría convencer al emperador de que la capacidad estratégica de Aecio ya no era tan necesaria en la corte (Halsall, 2007: 255).

Así, dos personajes parecen haber conspirado contra el *patricius*, agravando los sentimientos del emperador hacia su persona: en primer lugar, Heraclio, eunuco y principal confidente de Valentiniano, habría convencido al emperador de la innecesaria existencia de Aecio ahora que todo parecía estabilizarse en Occidente (*PLRE 2, Heraclius 3*). Por otra parte, Petronio Máximo, un influyente aristócrata del momento, compartía el interés por quitarse de en medio a quien acaparaba para sí los principales cargos políticos del imperio (*PLRE 2, Maximus 22*). Juntos parecen haber urdido un plan para acabar con la vida de Aecio, quien caía asesinado en el palacio imperial el 21 de septiembre de 454 d.C. a manos del propio Valentiniano (*Addit. Prosp. Haun.* 454. 752c).

Petronio Máximo trató entonces de ocupar el lugar del difunto *patricius*, pero fue rechazado por el emperador y su camarilla y, encolerizado, urdió su propia venganza: el 16 de marzo de 455 d.C. el emperador, acompañado de Heraclio, se encontraba en el Campo de Marte realizando prácticas de tiro con arco; allí acudieron dos antiguos soldados de Aecio, pagados por Máximo, y asesinaron al augusto y su eunuco (Jord. *Rom.* 334). Ningún miembro de la guardia trató de evitarlo: su lealtad parecía seguir del lado del general incluso después de muerto.

La caída del *patricius* y el emperador en apenas un año trajo desorden y confusión al imperio: los vándalos aprovecharon el vacío de poder para saquear por segunda vez en un siglo la Ciudad Eterna (Hyd. *Chron.* 455); desde Britania, anglos y sajones atacaron las indefensas costas del Mar del Norte; los francos pusieron definitivamente pie en las provincias belgas y los alamanes cruzaron el Rin hacia el interior del imperio romano (Sidon. *Carm.* 7. 369-375). Por su parte, los suevos se apoderaron de buena parte de la Península Ibérica (Isid. *Chron.* 456). Con su mejor general asesinado, Roma no tenía capacidad ni auto-

ridad para hacer frente a las pretensiones de los pueblos germánicos: en 476 d.C. el emperador Rómulo Augústulo abdicó en el godo Odoacro, poniendo fin a la realidad imperial en Occidente (Gillet, 2001): sin una sucesión ordenada ni un militar capaz de hacer frente a sus enemigos, apenas veinte años pasaron entre la caída de Roma y la muerte de Aecio.

CONCLUSIONES

La figura de Aecio se presenta como el perfecto prisma a través del cual observar la realidad de los últimos años del Imperio Occidental. La inestabilidad del momento queda reflejada en las luchas por el poder que marcaron sus primeros pasos en la escena política, ya fuera a través de su apoyo a la usurpación de Juan o de la guerra civil librada con Bonifacio. Del mismo modo, la militarización del imperio parece arribar ahora a su apogeo: no en vano se sucedieron en el poder generales como Estilicón, Constancio o el propio Aecio. El proceso no ha de resultarnos extraño: la lealtad de las tropas se encontraba ahora depositada en individuos particulares que, a través de sus éxitos militares o del pago de grandes cantidades de dinero, conseguían asegurarse el apoyo de las tropas en sus diferentes empresas, y nuevamente la vida del *patricius* o, paradójicamente, su muerte, refleja esta característica del Bajo Imperio: cuando Valentiniano III fue asesinado por antiguos miembros de la guardia de Aecio, las tropas allí presentes no hicieron nada por evitarlo. La lealtad no se debía ya al ente del imperio, sino a sus mejores representantes.

Las razones para ello quizás debamos buscarlas en el recurso a fuerzas extranjeras: la contratación de mercenarios germánicos o el empleo de aliados federados habría entrelazado sus destinos con el del general que los contrataba, no con el del emperador. En este sentido, Aecio hizo recurrentemente uso de sus aliados hunos, a quienes si los objetivos del general iban o no en consonancia con los del imperio no debió de importar demasiado.

No obstante, del mismo modo que la carrera del *patricius* refleja a la perfección los cambios experimentados en Occidente durante la Antigüedad Tardía, puede también servirnos para apreciar los últimos resquicios de clasicismo en aquella Roma que veía desaparecer su condición imperial. Sin duda, el más claro ejemplo de ello son las celebraciones de su tercer consulado, que ya hemos destacado en el texto, pero acontecimientos menos sonados reflejan igualmente la apelación a tiempos pasados: por ejemplo, el hecho de asentar a diversas tribus en el interior del imperio constituye al mismo tiempo una prueba de la incapacidad del gobierno para echar a dichas gentes y una apelación a la autoridad imperial, que “permite” que unos extranjeros se establezcan en sus dominios.

La Roma de Aecio mantuvo constantemente un debate consigo misma en torno a lo que de ella se exigía como potencia civilizadora y el alcance real de las medidas que pudo llevar a cabo.

Por otra parte, ya hemos destacado que lo particular de su infancia, empleada como rehén, sin duda habrían imbuido al general de una mentalidad y un conjunto de habilidades distintas a las que hubiera adquirido de haber permanecido en el interior del imperio. Su estancia en el *Barbaricum* no solo habría condicionado a Aecio en lo personal, sino que habría ofrecido al *patricius* la oportunidad de relacionarse con sus homólogos extranjeros, tejiendo una red de alianzas que resultaría tan heterogénea como provechosa. Ciertamente, sin el apoyo de Rúa a la hora de lidiar con Bonifacio, Aecio nunca habría alcanzado las cotas de poder que llegó a ocupar.

No obstante, el hecho de que Aecio recurriese tan a menudo a los hunos ofrece, además de su relación personal con ellos, la imagen de un ejército romano empobrecido y dependiente del auxilio extranjero. Lo que durante el siglo IV había sido un recurso se convertía en el V en una necesidad: el empleo selectivo de mercenarios bárbaros por parte de la administración romana se había transformado en una total dependencia de los mismos. La caída del norte de África había supuesto un golpe mortal para el fisco imperial, incapaz ahora de mantener las fuerzas autóctonas, lo que dejaba el devenir del imperio en manos de los reinos establecidos en su interior. En ningún caso es esto tan evidente como en las campañas occidentales de Atila: con la ayuda de los godos pudo infligirse una gran derrota sobre el invasor, pero hacerle frente en solitario al año próximo parecía del todo imposible. La relación de Aecio con los hunos marcó, por tanto, todos los aspectos de su vida política, puesto que fueron estos quienes le auparon al poder, quienes lucharon junto a él y frente al mismo y cuya desaparición propició, igualmente, la suya.

Por último, el trabajo y determinación de Aecio por mantener a flote un imperio que hacía aguas resulta innegable, y como tal parece reconocerse en los escritos de sus contemporáneos, que veían en él el retorno de las grandes gestas del pasado. No obstante, quizás el mejor legado del general debamos buscarlo en el futuro, pues a su muerte el imperio quedó fragmentado en menos de una generación. En ningún caso se pretende argumentar que de haber sobrevivido a la conspiración que acabó con su vida hubiera el imperio recuperado la preeminencia perdida en Occidente –las razones de su declive han de buscarse en el grano africano y no tanto en la muerte de Aecio–, pero resulta chocante el contraste entre el *patricius* y sus herederos en el cargo.

Ningún otro se dedicó con tanta vehemencia al mantenimiento de la realidad imperial; ninguno tuvo tanto que decir sobre la política territorial o la organización militar; y desde luego nadie después de él fue objeto de admiración

ni ofreció a los habitantes de Occidente tanto en lo que creer. La ilusión de un imperio se mantuvo viva durante su gobierno, y quizás por ello debamos seguir llamando a Aecio *el último romano*.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- CASIODORO (1894): “Chronica”, en T. Mommsen (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 11, Berlín, Weidmann.
- CHRONICA GALLICA AD ANUM 452* (2001), en R. Burgess (Ed.), “The Gallic Chronicle of 452”, *Society and culture in late Antiquity Gaul*, Aldershot, 52-84.
- CHRONICA GALLICA AD ANUM 511* (2001), en R. Burgess (Ed.), “The Gallic Chronicle of 511: a New Critical Edition with a Brief Introduction”, *Society and culture in late Antiquity Gaul*, Aldershot, 52-84.
- CODEX IUSTINIANUS* (1954), en P. Krueger (Ed.), *Corpus Iuris Civilis: Institutiones*, Volúmen 2, Berlín, Weidmann.
- CODEX THEODOSIANUS* (1905), en T. Mommsen, Paul M. Meyer (Ed.), *Theodosiani libri XVI cum Constitutionibus Sirmondianis et Leges novellae ad Theodosianum pertinentes*, Berlín, Weidmann.
- CONDE MARCELINO (1894): “Chronica”, en T. Mommsen (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 11, Berlín, Weidmann.
- FILOSTORGIO (1855): “De Ecclesiasticis Historiis”, en Henry G. Bohn (Ed.), *Ecclesiastical History of Philostorgius, compiled by Photius, Patriarch of Constantinople*, Londres.
- GREGORIO DE TOURS (2013): “Historia de los francos”, en P. Herrera Roldán (Ed.), *Tempus Warrae*, 1, Cáceres, Universidad de Extremadura.
- HIDACIO DE CHAVES (1906): “Crónica”, en M. Macías (Ed.), *Cronicón de Idacio*, Oviedo, Imprenta de A. Otero.
- ISIDORO DE SEVILLA (1894): “Historia de regibus gothorum, wandalorum et suevorum”, en T. Mommsen (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 11, Berlín, Weidmann.
- JORDANES (2011): “Getica”, en T. Mommsen (Ed.), *Romana et Getica*, Nabu Press.
- MEROBAUDES (1905): “Carmina”, en T. Vollmer (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 14, Berlín, Weidmann.
- MEROBAUDES (1905), “Panegyricus poeticus”, en T. Vollmer (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 14, Berlín, Weidmann.
- NOVELLAE THEODOSII* (1952), en C. Pharr (Ed.), *The Theodosian Code and Novels*, Princeton, Princeton University Press.
- NOVELLAE VALENTINIANI* (1905), en T. Mommsen, Paul M. Meyer (Ed.), *Theodosiani libri XVI cum Constitutionibus Sirmondianis et Leges novellae ad Theodosianum pertinentes*, Berlín, Weidmann.

- OLIMPIODORO (1983): "Fragments", en R. C. Blockley (Ed.), *The Fragmentary Historians of the Later Roman Empire. Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Machus*, volumen 2, Liverpool, Cairns.
- PAULO OROSIO (1936): "Historiae adversus paganos", en Irving W. Raymond (Ed.), *Seven Books of History Against the Pagans*, Nueva York, Columbia University Press (1936).
- PRISCO (1983): "Fragments", en R. C. Blockley (Ed.), *The Fragmentary Historians of the Later Roman Empire. Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Machus*, volumen 2, Liverpool, Cairns.
- PROCOPIO (2000): "Historia de las guerras", en Francisco A. García, Antonio Guzmán (Ed.), 2 volúmenes, Barcelona, Gredos.
- PRÓSPERO DE AQUITANIA (1892): "Crónica", en T. Mommsen (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 9, Berlín, Weidmann.
- PRÓSPERO DE AQUITANIA, "Additamenta ad Chronicon Prosperi Hauniensis", en T. Mommsen (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 9, Berlín, Weidmann.
- SIDONIO APOLINAR (2005): "Poemas", en Agustín L. Kindler (Ed.), Barcelona, Gredos.
- SÓCRATES ESCOLÁSTICO (2011): "Ecclesiastica Historia", en R. Hussey (Ed.), *Ecclesiastica Historia*, Nabu Press.
- SOZOMENO (2018): "Ecclesiastica Historia", en E. Walford (Ed.), *The Ecclesiastical History of Sozomen: From AD 324 to AD 425*, Nueva Jersey, Arx Publishing.
- VÍCTOR DE VITA (1879): "Historia persecutionis Africanae provinciae", en C. Halm (Ed.), *MGH: Auctores Antiquissimi*, 3, Berlín, Weidmann.
- ZÓSIMO (1982): "Historia nova", en Ronald T. Ridley (Ed.), *Zosimus: New History*, Leiden, American Association of Byzantine Studies.

Fuentes secundarias

- BACHRACH, B. (1969): "Another Look at the Barbarian Settlement in Southern Gaul", *Traditio*, 25, 354-358.
- BLOCKLEY, R.C. (1982): "Roman-barbarian marriages in the Late Empire", *Florilegium*, 4, 63-79.
- BURY, J.B. (1923): *History of the Later Roman Empire*, volumen 2, Nueva York, MacMillan and Company.
- CAMERON, A (2008): *The Cambridge Ancient History* (Ed.), volumen 14, Cambridge, Cambridge University Press.
- CLOVER, F. (1971): "Flavius Merobaudes: A Translation and Historical Commentary", *Transactions of the American Philosophical Society*, 61, 1-78.
- DUNN, G. (2015): "Flavius Constantius, Galla Placidia and the Aquinian settlement of the Goths", *Phoenix*, 69, 376-393.
- FERRILL, A. (2007): *La caída del ejército romano. Causas militares*, volumen 232, Madrid, EDAF.

- GIBBON, E. (2015): *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Indianópolis, Palala Press.
- GILLETT, A. (2001): "Rome, Ravenna and the last western emperors", *Papers of the British School at Rome*, 69, 131-167.
- HALSALL, G. (2007): *Barbarian migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HEATHER, P. (2005): *The Fall of the Roman Empire: a New History*, Oxford, Pan.
- HODGKIN, T. (2011): *Italy and her invaders. 376-476*, Oxford, Clarendon Press.
- JONES, A.H.M. (1964): *The Later Roman Empire, 284-602: a social, economic and administrative survey*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- LINDNER, R. (1981): "Nomadism, horses and Huns", *Past and Present*, 92, 3-19.
- MAENCHEN-HELFEN, O. (1973): *The world of the Huns: studies in their history and culture*, Berkely, University of California Press.
- MARTINDALE, J.R (et al.) (1980): *The Prosopography of the Later Roman Empire: Volume II, AD 395-527*, volumen 2, Cambridge, Cambridge University Press.
- MATTHEWS, J. (1975): *Western Aristocracies and the Imperial Court. AD 364-425*, Oxford, Oxford University Press.
- NORWICH, J. (1988): *Byzantium. The Early Centuries*, volumen 1, Londres, Viking.
- O'FLYNN, J. (1983): *Generalissimos of the Western Empire*, Edmonton, University of Alberta.
- THOMPSON, E. A. (1948): *A History of Attila and the Huns*, Oxford, Clarendon Press.
- TWYMAN, B. (1970): "Aetius and the Aristocracy", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 4, 480-503.